**El capitán del *Phantom***

Lucas Bridges (de *El último confín de la tierra,* capítulo XXIV, 1948)

En 1897 se terminó la espléndida reserva de provisiones que había traído el *Shepherdess*, y por ser los fletes y precios locales muy elevados era necesario tomar una decisión. La fiebre del oro nos había sido propicia y gracias a ella no habíamos trabajado en vano, mi padre pudo, pues, viajar a Inglaterra y comprar allí al precio de novecientas libras esterlinas un viejo bergantín de trescientas toneladas de registro llamado Phantom. Dicho navío fue parcialmente cargado en Cardiff con provisiones y mercadería, pero la carga más importante era el carbón, cuya venta a los vapores de paso por nuestras costas teníamos ahora asegurada.

Mi padre, al observar que Inglaterra sufría de una superproducción de jóvenes desocupados mando construir una espaciosa cabina en la bodega del bergantín, y declaró que estaba dispuesto a llevar consigo a la América del Sur a diez jóvenes. Sólo le interesaban aquellos que estuvieran dispuestos a aceptar cualquier trabajo a cambio del cual recibirían dos libras mensuales, casa y comida. Tras dos años quedarían libres de toda obligación hacia nosotros y se les pagaría el pasaje de regreso al hogar. Si preferían quedarse en la Tierra del Fuego, ya fuera con nosotros o en otro sitio, recibirían una paga en efectivo por el mismo valor del importe del pasaje.

No faltaron voluntarios. Mi padre eligió diez entre ellos, pero cuando el capitán del *Phantom,* de nombre Davis, los vio, rehusó salir de Cardiff a menos que mi padre quedara a bordo para mantener el orden. Se vio pues obligado a hacer otro largo viaje a vela.

Había en el grupo varios casos serios, siendo el peor de entre ellos Dan Prewitt, un hombre bajo, fornido, de cara marcada con cicatrices y desdentado. Muy pronto consiguió imponerse a sus nueve compañeros, y ganarse el respeto de la tripulación, valiéndose del único argumento que todos podían comprender.

Para varios de estos muchachos lo primordial ni bien llegaran a la América del Sur sería comprarse un sombrero de alas anchas para imitar a Buffalo Bill. ¡Cómo nos alegramos cuando seis de ellos decidieron que los británicos nunca serían esclavos y nos abandonaron! Los cuatro restantes dieron buen resultado; uno solo decidió volver a Inglaterra, pero quedó mucho más de los dos años del contrato. El que permaneció más tiempo con nosotros fue Dan Prewitt.

Al llegar a Harberton, Dan ensayó la misma técnica que había empleado en el barco, hasta que se topó con un ona de sobrenombre Dante. Cuando Prewitt lo atacó, Dante se limitó a abrazarlo, alzarlo, tirarlo al suelo, y estaba por tomar una piedra ara aplastarle el cráneo cuando intervino Will, que por casualidad se hallaba cerca. Nunca más Prewitt intentó la violencia contra un ona.

Después de esta desgraciada iniciación, Prewitt se resignó a vivir pacíficamente. Su fuerza y lealtad pronto le valieron la estimación y respeto de los indios.

Muy a menudo había luchas amistosas en Harberton. Me gustaba luchar con los indios, tanto onas como yaganes; en ciertas ocasiones he luchado contra marinos noruegos o mineros dálmatas con distintos resultados, pero estoy convencido de que no hubiera habido ninguna posibilidad para mí con un profesional ni de segunda categoría. En las frecuentes peleas amistosas contra Kankoat, el burlón, conseguía resistir, pero dudo que hubiera podido vencerlo en una lucha seria.

Entre los onas regía la ley no escrita según la cual toda lucha concluye cuando uno de los contrincantes se niega a seguir. Uno de mis adversarios amistosos era un yagán excepcionalmente fuerte llamado Waiyellen, a quien apodaban Clemente; Waiyellen hacía honor a su sobrenombre: yo podía vencerlo cinco de cada seis veces, no obstante que él a menudo derribaba a Kankoat, mi oponente más fuerte. He aquí un interesante problema: ¿cuál de nosotros era el campeón?

Clemente Waiyellan había vivido mucho tiempo en la Misión, tanto en Ushuaia como en la isla de Keppel. Como todos los yaganes era un marino nato y en muchos viajes borrascosos había estado a las órdenes de mi hermano Will. Como suele acontecer con la gente de mar, se había aficionado a la bebida fuerte, que con el avance de la civilización y del comercio ya se vendía casi en cualquier almacén de Ushuaia.

Años después, luego de la muerte de mi padre, compramos un cutter de veinte toneladas llamado Juanita, en el que transportábamos carne a Ushuaia; teníamos tanta confianza en Clemente que lo mandábamos en esos viajes como capitán del barco. En Ushuaia recibía dinero a nuestro nombre y nos lo traía o compraba con él lo que necesitáramos. En tales ocasiones no probaba este buen yagán ni una gota de alcohol. Y al llegar finalmente a Harberton nos rendía cuentas de lo actuado.

Una vez que un traficante de bebidas lo mortificó más de lo tolerable, para defender la sobriedad que se había impuesto a sí mismo, lo desmayo golpeándolo con un tolete. A consecuencia de esa acción estuvo preso hasta que Will pagó su fianza. El vendedor de alcohol, que tardó bastante en volver en sí, recibió una buena lección.

Después de estos viajes a Ushuaia, el tremendo esfuerzo que hacía este pobre indio para no apartarse del buen camino lo dejaba en un estado de gran abatimiento mental y moral. Pedía entonces diez días de licencia y se encaminaba a Harberton para lo que un inglés, compañero suyo de juerga, llamaba *“a roll in the gutter”* y con frecuencia terminaba en el calabozo.

Así, Clemente Waiyellen quedará en mi relato como un ejemplo vivo de lealtad y de firme resistencia ante la terrible tentación a la que fue sucumbiendo su raza agonizante.